

Los héroes no mueren descalzos

*Ilustre es la suerte
y digno de envidia
el destino de los que cayeron.*
(De *La Historia de Grecia*)

No podía ser de otra forma. Porque tú no eras otra cosa que un héroe de la Ciencia, que venías librando esa batalla del quehacer diario contra la incompreensión y el olvido en que el hombre había caído. Y la Ciencia y el Progreso se han cobrado en ti ese tributo que una y otro no perdonan.

Decididamente, no. Tú no podías dejarnos como uno de esos muchos millones de seres que mueren en el cuarto triste de un hospital, rodeados de batas blancas y asépticos tubos que sondan sus entrañas.

Había que arrimarse más; había que volar más bajo, más despacio y más cerca de aquel trineo, que unos perros esquimales —*tan adaptados al medio*, como acostumbrabas a decir— arrastraban por las eternas blancuras de Alaska, para mostrarnos mejor una maravilla más de la Naturaleza. Tu inquietud y tu afán de entrega te han llevado al desenlace de una tragedia griega cuando, en plena madurez intelectual, te quedaba tanto por decir. Porque tu *talón de Aquiles* era precisamente el Hombre y la Tierra. Y el Hombre, soberbio de su tecnología, te ha vendido; la máquina que inventara el Hombre, te ha dejado en la estacada. Los tibios rayos del Sol polar han derretido la cera que precariamente sujetaba las plumas a tu cuerpo y has pasado a engrosar las filas del batallón de Icaro cuando, como él, estabas alcanzando al Astro Rey en los espacios siderales. La Tierra, tu otra debilidad, te acoge ahora para siempre. Tu lección magistral y tu tragedia, tu inmortalidad y tu antorcha: el Hombre y la Tierra.

Aprendimos de ti cómo el lobo, ya ahído de su presa, usaba de la gran nevera natural para conservar lo que de aquélla quedaba. Nos mostraste intactos seres de eras geológicas pretéritas, que habían llegado hasta nosotros hibernados bajo los hielos polares. ¿Sería esto —pienso ahora— una premonición? Porque, a veces, creo que no has muerto; mis hijas, como las tuyas, no lo creen. ¿Acaso escogiste las estepas heladas de Alaska para hibernarte tú también?

—*Ha muerto el hombre de las aves*—. Así fue como me enteré. Me lo dijo un campesino manchego y pienso que ese calificativo sin títulos ni diplomas de un hombre del campo, desconocedor de academias, pero con una filosofía aprehendida a la vida, merecedora de tu admiración —estoy seguro—, te honra más que ningún otro. Porque

tú eras un hombre de campo. Tú nos enseñaste cómo vuelan las aves, que nos mostraste en igualables planos cómo el halcón, cambiando altura por velocidad —igual que se enseña en las escuelas de aviación de caza—, llegaba a alcanzar los 400 Km./hora, obteniendo así incomparable ventaja sobre su presa. Tú que plasmaste en científicas secuencias cómo el rey del espacio variaba la presentación de sus alas —aviones de geometría variable—, para ofrecer la mínima resistencia al avance en una configuración aerodinámica perfecta y conseguía, de este modo, el máximo rendimiento en su diabólico picado. Con todo ello, no hacías otra cosa que decirnos que aquello que el hombre había inventado, estaba vigente desde hacía milenios en las leyes de la Naturaleza.



Tú, que sabías del vuelo más que nadie, tenías que ofrecer tu vida en holocausto al vuelo. Había que arrimarse más, como lo hace el piloto de caza al blanco; como lo hace el halcón al ánade. Había que volar más bajo, como lo hace el aviador cuando las nubes cubren el aeropuerto; como lo hace la torcaz cuando debe pasar la cadena montañosa por el valle. Había que volar más despacio, como lo hace el piloto a la hora del aterrizaje; como lo hace la cigüeña que planea para posarse en la espadaña de la iglesia de Poza de la Sal. Tú eras un aviador nato.

Recuerdo cuando te conocí. Viajero incansable, en aquella ocasión eras mi pasajero. Era un vuelo de Madrid a Copenhague y yo te invité a compartir la cabina de mando. Portabas esa mochila de cuero que tantas veces hemos visto